

Un escalofrío le recorre el espinazo; acto seguido, sin embargo, sonrío para convencerse de que todo es un juego, de modo que acepta el desafío y se descalza para que el sonido de sus pasos no desvele su ubicación.

El contorno de sus huellas se insinúa apenas un suspiro a medida que avanza hacia el comedor. La mesa se extiende diáfana excepto por un ramo de lirios. Imagina a Max saliendo de la floristería con el ramo y, más tarde, buscando un jarrón para adornar la mesa donde tomarán el desayuno antes de... O tal vez después, para reponer fuerzas. Sonríe de nuevo y continúa hasta la cocina. Una gran isla ocupa el centro de la estancia; el resto del mobiliario, armarios de la mejor calidad y electrodomésticos de alta gama, orbita a su alrededor: campana de acero, encimera que combina fogones de gas e inducción integrada, nevera americana de dos puertas, horno doble, vinoteca climatizada. Adora la casa en ese mismo instante. A pesar de ello, algo la perturba.

Ese juego no le gusta tanto como había imaginado.

—¿Max?

De regreso al comedor, se asoma con aprensión, como si, durante su breve ausencia, el espacio se hubiera vuelto hostil. La mesa de madera oscura le parece ahora un ataúd, el haz de lirios, una corona.

—¡Qué tontería! —musita antes de decidirse a entrar.

Contiene la respiración, cruza a toda prisa la estancia y descu-

bre que la casa se extiende a la derecha. Allí, un inusitado salón de paredes acristaladas da a un vasto jardín.

Se acerca sigilosamente, aunque no deja de repetirse que es innecesario tanto tiento.

—¿Max? —Su voz suena insegura—. ¿Max?

Sigue recorriendo la casa con los zapatos en la mano, de puntillas. Corona la escalera hasta un amplio distribuidor con cinco puertas, una de ellas abierta.

Desconfía de su propia vista cuando ve un bulto en el suelo, oculto, en parte, por una columna. Sus piernas tiemblan. El cuerpo de una mujer yace de costado. Su melena rubia, que le envuelve el rostro como un sudario, le oculta las facciones.

No descubre el cuchillo clavado en su abdomen hasta que se arrodilla para comprobar si sigue viva. Su pulso es débil, su respiración, exánime. Siente que debe sacárselo, que solo así podrá regresarla a la vida.

Los ojos de la mujer se abren de par en par en cuanto lo extrae. Comprende que lo único que evitaba que la sangre escapase a borbotones era el propio cuchillo. Solo entonces, a pesar de que el dolor intenso, de que la muerte inmediata le han deformado las facciones, la identifica. También reconoce el cuchillo que ahora sujeta entre los dedos.

Y todo se detiene.

**PARTE I**

ME ENTREGO A TI  
Y PROMETO SERTE FIEL



## I

### - GLORIA-

Hace ya algún tiempo que Gloria flirtea con la idea de ser libre. No se trata de una intención firme; más bien es un deseo, un anhelo, incluso, en ocasiones, un afán. Pero no es ese el motivo de que, como cada miércoles, acuda a su cita con la doctora Catalá. La razón es que, hace tres meses, fue hospitalizada por una sobredosis de pastillas.

—¿Qué tal has pasado la semana?

Gloria adora esa voz cálida que encaja a la perfección en el ambiente sofisticado de la consulta: las paredes forradas con un papel de rayas, muebles sólidos y sillones tapizados. Arrellanada como está en esa butaca que parece haber memorizado poco a poco su contorno, piensa que la verdadera causa de sus visitas es el simple placer de acomodarse en esa estancia que rezuma clase.

Almudena Catalá no es doctora en Medicina, sino en Psicología, pero tanto la recepcionista como todos sus pacientes la llaman doctora. Es la única persona que se preocupa de verdad por ella, la única en quien confía. Y aunque sabe que no se trata de una amiga en sentido estricto, eso es algo superfluo para ella.

—No he hecho nada especial —responde sin pensar—. Marco me pidió que le mandara ropa de abrigo porque se marchó con treinta y cinco grados y ahora no tiene qué ponerse, así que pasé

un día entero preparando una caja con jerséis y camisetas de invierno y se la mandé por mensajería.

La doctora asiente levemente con la cabeza, pero no hace ningún comentario, así que Gloria busca en su memoria algún tema de conversación para no alargar demasiado el silencio. Al fin y al cabo, la idea es que hable a su antojo.

—También fui de compras para Rai. —Su mirada se ensombrece—. Le compré una manta nueva para el camión, ropa térmica y calcetines de lana. Ayer mismo vino a casa y esta mañana se lo ha llevado todo. Le toca la ruta de los Países Bajos, y ahí el frío y la humedad son muy intensos.

La doctora aguarda en silencio, pero Gloria se queda callada, retorciéndose los dedos, que crujen sobre su regazo.

—¿Compraste algo para ti?

No es un reproche. O puede que sí lo sea. La doctora nunca imprime ningún tono a sus preguntas y comentarios, cosa que siempre la desconcierta.

—No necesito nada —admite con un aire de resignación—. En realidad, me probé un vestido de invierno de hace varias temporadas y vi que me quedaba flojo. También pensé que debía acortarlo al menos tres dedos, porque ahora se llevan un poco por encima de la rodilla. Hacía tiempo que no me pasaba por la tienda de arreglos que tengo cerca de mi casa, pero siempre que lo he necesitado me han hecho un buen trabajo. Puede que esta semana revise otras prendas olvidadas y me decida a darles una segunda vida.

Almudena Catalá deja que el silencio se extienda unos segundos por si añade algo más. Por si su mente relaciona la segunda vida de sus prendas con algo más personal. Ante el silencio de Gloria, pregunta:

—¿Cómo pasas las noches?, ¿duermes mejor?

Gloria se revuelve en la butaca.

—No mucho.

—¿Sigues sin tomar el Orfidal?

—No quiero saber nada de pastillas.

—Sabes que no dormir lo suficiente es perjudicial.

Gloria baja la mirada.

—¿Qué te impide conciliar el sueño?

Almudena sabe qué se lo impide, pero comprende que Gloria está allí para enfrentarse a sus fantasmas, no para pasar el rato.

—Lo que me desvela suele ser alguna palabra fuera de tono, algún gesto...

Como Gloria no añade nada más, la doctora continúa:

—¿Se ha producido algún otro momento de tensión estos días?

Gloria se envara en la butaca, la mandíbula le tiembla recordando la última escena.

Después de comprar las cosas para Rai, pasó por la sección de lencería del centro comercial. Había prendas preciosas, y eligió varios conjuntos: un camión de seda con detalles dorados y finos tirantes cruzados en la espalda, que lucía desnuda hasta la altura de la cintura, y un sujetador color champán con tul del mismo color y efecto V-Bra. Sintió un hormigueo en todo el cuerpo, la emoción indescriptible de sentirse atractiva. El sujetador costaba un dineral, pero era tan bonito y le sentaba tan bien que le dolía dejarlo en la tienda. Así que volvió a ponerse su gastada ropa interior, que ahora le parecía incluso más vulgar que al entrar. Ya frente a la caja, decidió seguir el impulso de comprarlo diciéndose que, después de todo, tampoco era tanto dinero.

Entró en casa ya de noche, cansada y satisfecha.

—¡Gloria!

Oír su nombre le heló la sangre. Rai no debía regresar hasta la mañana siguiente. Sin embargo, apareció junto a ella con una expresión difícil de descifrar. Quizá estuviera furioso. Puede que

no, pero Gloria había aprendido a esperar lo peor después de tantos años. Por si acaso.

—He visto un cargo de sesenta euros en la tarjeta.

Su tono aún no mostraba enfado, pero podía estar conteniéndose.

—Sí. Me he comprado una cosita. ¿Quieres que te la enseñe después de la cena?

Notaba su corazón resonando en su interior.

—¿Qué cosita vale sesenta euros?

—Lencería. Te va a encantar.

Rezó para que la promesa de sexo aplacase su necesidad de explotar.

—¿Para quién te compras algo tan caro? ¿Es que te estás viendo con otro hombre?

—Por supuesto que no.

—Una puta me cuesta menos que tu lencería. Ya estás devolviendo lo que sea que te hayas comprado.

Se quedó paralizada.

—También hay una carta de una empresa de telefonía. ¿Qué has hecho?

—¡Oh! Ah, bueno... Es que llamó una chica muy maja que me explicó...

No podía soportar estar plantada frente a Rai viendo cómo se le dilataba la vena que le atravesaba la frente. Dio un paso adelante para alejarse de él, pero salió despedida y se estampó de bruces contra el suelo, golpeándose la frente contra la pared.

—Ni se te ocurra irte cuando estoy hablando —ordenó desde su metro noventa de altura—. No me dejes con la palabra en la boca. Mañana llamas a la compañía para cancelar el contrato, y después vas y devuelves la lencería esa. Eso sí, antes de irte a dormir te la pones y me la enseñas. Ahora, ve a preparar la cena.



Pasó a su lado ignorando la brecha de su frente, que no paraba de manar sangre, y se encerró en la sala de estar, donde la tele daba la información deportiva.

Gloria respiró aliviada y se apresuró a fregar el reguero del suelo antes de ponerse con la cena.

—No sé qué locura me nubló la mente al imaginar que podía gastar tanto en algo tan insignificante —reflexiona frente a la psicóloga.

—A todas nos gusta sentirnos atractivas.

Gloria no parecía muy convencida.

—Cuando respondí a la llamada de la empresa de telefonía agradecí tener a alguien con quien hablar. Es triste, lo sé. Es Rai quien se encarga de esas cosas, pero no me atreví a interrumpir a esa mujer que parecía tener tanto que ofrecerme. Sé que es un trabajo ingrato, que la mayoría de la gente les cuelga sin contemplaciones, pero yo no puedo. La chica era muy amable y la verdad es que me supo mal, y me olvidé de que no debía dar datos bancarios ni de ninguna otra naturaleza a nadie. Nadie es nadie, me dijo Rai la última vez.

Almudena se queda en silencio para que Gloria interiorice lo que le acaba de contar y añade algo más si así lo desea. El trabajo, al final, es de uno mismo.

—¿Hicisteis algo especial en su día libre? —pregunta después de unos segundos.

—¡Claro! Preparé el pastel de manzana que tanto le gusta y, después de comer, vimos una película. Nos acostamos pronto, como él apenas está en casa entre semana, disfruta mucho del sofá y de la cama.

—¿Hubo intimidad?

Gloria la mira perpleja.

—Me refiero a si mantuvisteis relaciones esa noche.

—¡Oh! ¡No! Nada de eso. Rai vino muy cansado y, de todas for-

mas, a mí me había sentado mal la cena. Demasiada *pizza*. A Rai le encanta mi *pizza* casera, es su cena preferida.

De camino a casa se dice que seguramente todos los matrimonios tienen que afrontar esos mismos problemas después de casi veinte años. Se dice que tienen un hijo estupendo que acaba de entrar en la universidad, que no tienen problemas de salud... No debería quejarse. Y, sin embargo, va a la consulta de una psicóloga desde hace casi tres meses, lo que demuestra que algo va mal. Ya en la primera sesión tuvo que admitir que la partida de Marco había sido un varapalo importante para ella, pero no puede hacerse un drama de una situación que les ocurre cada año a millones de personas sin que por eso se llenen los psiquiátricos de madres con el síndrome del nido vacío. Su problema es Rai, pero prefiere no pensarlo porque no ve escapatoria.

Tal como tiene previsto, se detiene en la tienda de arreglos y composturas para recoger el vestido. Una señora se observa con atención en el espejo mientras la modista le coloca unos alfileres en las costuras de los hombros. Detrás del mostrador, el empleado entrega una bolsa a la clienta que la precede y le cobra. Le toca el turno y le da al hombre el resguardo con sus datos. Mientras él va a la trastienda, la modista y la clienta hablan de cómo han subido las tasas universitarias, que si las becas ya no son como antes, que si el nivel con el que llegan los alumnos tampoco lo es...

—Aquí tiene. —El hombre pone el vestido sobre el mostrador y comienza a doblarlo—. ¿Quiere probárselo para ver cómo ha quedado?

—¡Oh! No. Seguro que está perfecto.

Prefiere probarse la ropa en la intimidad de su casa sin miradas ni juicios ajenos. A solas.

—Si tiene alguna objeción cuando se lo pruebe, no dude en volver —le ofrece—. Es una buena prenda, ha hecho bien en traerla. Va a llevar este vestido muy a gusto, estoy seguro.

El hombre tiene una voz grave, algo que Gloria encuentra contradictorio saliendo de un cuerpo tan enjuto.

—Gracias. —Es su única respuesta.

La mirada de ese hombre siempre la ha intimidado, como si pudiese ver a través de ella. Es algo que la intriga desde la primera vez que entró en la tienda.

Finalmente paga, mete el cambio en su cartera y recoge la bolsa con el vestido.

—Que pase un buen día, Gloria.

Oír su nombre en la voz grave del empleado le produce un sobresalto. ¿La conoce?, se pregunta extrañada. Inmediatamente, recuerda que sus datos constan en el resguardo que el hombre ha rellenado sin hacer preguntas. Le resulta extraño; no es habitual que se dirijan a ella por su nombre en ninguno de los establecimientos a los que suele acudir. Ya en la calle, siente la ilusión de pensar que ese hombre la ve, que ha reparado en ella. Es una satisfacción nueva, aunque también se siente expuesta y eso le crea cierta zozobra. ¿Qué clase de hombre será? ¿Debería preocuparse?